



MANZANA PARA DOS

La historia de Adán, Eva y el matrimonio
contada por la serpiente

ALFONSO BASALLO
TERESA DÍEZ

PLANETA+TESTIMONIO

MANZANA PARA DOS

La historia de Adán, Eva
y el matrimonio contada
por la serpiente

ALFONSO BASALLO
TERESA DÍEZ

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Colección: PLANETA TESTIMONIO

Dirección: José Pedro Manglano

© Alfonso Basallo y Teresa Díez, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2015

Depósito legal: B. 26.473-2014

ISBN: 978-84-08-13529-6

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

<i>Advertencia</i>	11
1. Las desgracias nunca vienen solas <i>Lo peor no fue Adán sino su costilla</i>	13
2. El primer tanga de la Historia <i>La venganza contra el Innombrable</i>	29
3. Las dos caras de Eva <i>La venganza contra la virginidad</i>	45
4. El Paraíso no fue más que un mito <i>La venganza contra la identidad</i>	61
5. ¿Ni siquiera un pico? <i>La venganza contra la novia</i>	75
6. Tengo derecho a rehacer mi vida <i>La venganza contra la unidad</i>	93
7. De la <i>Anatomía de Grey</i> a la teología del cuerpo <i>La venganza contra el sexo</i>	117
8. La salida del armario <i>La venganza contra la diferencia</i>	139
9. La mano que mece la cuna <i>La venganza contra la maternidad</i>	157
10. El diablo se viste de Prada <i>La venganza contra las armas de mujer</i>	183
11. Su desconsolada esposa, hijos y demás familia... <i>La venganza contra la vida</i>	207
<i>Índice de libros prohibidos</i>	227

LAS DESGRACIAS NUNCA VIENEN SOLAS*Lo peor no fue Adán sino su costilla**Desde entonces odio los viernes*

Ocurrió un viernes. La mañana del sexto día el Innombrable me dio el mayor disgusto que quepa imaginar: crear al Hombre. ¡Hacerme eso a mí! Desde entonces tengo los viernes marcados en rojo en el calendario del Asador. Después, la Madre del Innombrable me dio motivos para odiar también los sábados: es el día en el que más presas se me escabullen. Pero esa es otra historia...

El Innombrable no se contentó con estropearme el no-ser con el estruendo del Big Bang, la sinfonía de los planetas y el vals de las galaxias. No se contentó con estropearme el vacío, con lo limpito y desolado que estaba, y lo invadió de luz, océanos, junglas, volcanes, surtidores de tierra, aire y fuego. No se contentó con llenarme la nada, con lo tersa que la tenía, y cubrirla de relinchos, bramidos, pisadas mastodónticas, suaves aleteos, el piar de los pájaros, la música de la vida. No, Él tenía que matarme de envidia, y al sexto día se sacó de la manga a un dioscecito.

Fue especialmente sádico porque no solo creó la más perfecta combinación de materia y espíritu, una criatura diferente a todas las demás, porque tenía alma inmortal y destino eterno, sino que me lo restregó por la cara y

dijo: «Hagámoslo a nuestra imagen, según nuestra semejanza», como si yo no me hubiera dado cuenta de que «aquello» era una réplica a escala del Innombrable.

La aparición de «aquello», llamémosle gusano, fue un verdadero *shock*. Sufrí una sacudida, y habría echado espuma por la boca si hubiera tenido boca y jurado en hebreo, si hubiera sido antepasado de Netanyahu. Me daba arcadas pensar que el Innombrable había puesto de rey de la Creación a un «innombrablecito». Y eso que, nada más verlo, hasta me conmoví. Fue un momento de debilidad, pero lo rechacé rápidamente. Era una borrachera de Belleza, de Verdad, de Bien... por un momento pensé que era un Aristócrata como yo... pero solo era un gusano, un planeta sin luz propia, pero que deslumbraba por la luz que le proporcionaba el Creador. ¡Y gratis! Cuando yo cobro hasta por respirar. Pero el Innombrable todo lo hace gratis: es un manirroto, sin sentido de la previsión. No me extraña que los gusanos le estafen.

Ataque de envidium tremens

Me retorcí de envidia. Y no tenía con qué calmarme. Luego, durante la historia de la gusanidad he soportado los ataques de *envidium tremens* con un par de gintonics de alma de capitalista salvaje (aderezada con dos rodajitas de banquero corrupto conchabado con concejal de urbanismo, que le dan el punto) y me quedo como nuevo.

Pónganse en mi lugar. El Innombrable me fabrica un competidor, una criatura anfibia (alma y cuerpo) que ocupa un lugar único en la Creación, que se distingue rá-

pidamente del hipopótamo o del martín pescador, que se ve a la legua que pertenece a un orden muy superior y que deslumbra con sus cualidades.

Ustedes son muy jóvenes y no se hacen idea de lo que era el primer gusano. Si ahora lo vieran aparecer se quedarían boquiabiertos, se pondrían de rodillas, tal era su armonía, su majestad, su amabilidad, su simpatía contagiosa. Los Adonis del arte griego o George Clooney son un reflejo palidísimo del primer gusano. Tú lo veías y no te cansabas de contemplarlo, ya no querías separarte de él, es como si a su lado nada malo te fuera a ocurrir. La raza gusana está ahora muy deteriorada (gracias a mis bacterias, mis guerras, mis hambrunas y mis vicios, modestia aparte), pero entonces era increíble. Tenían que haberlo visto: era una obra maestra.

Y era una obra maestra porque estaba hecho a Su imagen. Eso generaba en mí dos inquietudes, a cual más desasosegante:

- **Primera, el gusano era una persona** no una cosa, era un alguien no un algo. No podía ser tratado o manipulado como un objeto. Tenía una dignidad inviolable. En fracciones de segundos capté que aquel tipo estaba más cerca de mí que de los animales o el resto de las criaturas. Y me estremecí: me había salido un rival.

Contramedidas: el dogma de la Santísima Evolución. Por eso me he dedicado a subrayar lo que de animal tiene el gusano a fin de hacer creer que no existe una brecha insalvable entre el alma inmortal y el instinto ciego. Y recientemente con bastante éxito. En el siglo XIX salió espontáneamente en mi ayuda un tonto útil llamado Darwin,

seguido en el siglo xx por una legión de naturalistas mayormente anglosajones con sus teorías y sus documentales soporíferos que de tanto comunicarse con los delfines han terminado por tomar el té con ellos y de tanto estudiar el comportamiento de los primates han declarado los Derechos Universales de los Simios. Lo mejor de todo es el papanatismo con el que gente seria, que sabe leer y escribir, admite el dogma de la Santísima Evolución, sin tener la menor crisis de fe al respecto. El remate no ha sido anglosajón sino hispano: el Congreso de los Diputados aprobó una proposición no de ley para defender los derechos del chimpancé (el Proyecto Gran Simio). Ocurrió en tiempos de un presidente tan inclasificable que ni yo lo quiero. Tengo preparado el cartel de «Completo» por si algún día me lo facturan para el Asador. Que lo manden al Limbo.

- **Segunda, al principio fue... la Carne.** Peor todavía era la segunda inquietud derivada de que el gusano fuera hecho a Su imagen. Indudablemente era imagen suya el alma espiritual, pero ¿y el cuerpo? ¿Quería eso decir que también aquella cosa material, de chicha y pelos, carne y hueso, era imagen del Innombrable? ¿Se identificaba Él con esa excrecencia inferior? ¡No me podía hacer eso! Lejos estaba entonces de imaginar que mis peores pesadillas se harían realidad muchos milenios después, cuando el Innombrable, a través de su Segunda Persona, se hizo Carne y terminó inmortalizándola y glorificándola. Esa cosa vulgar llamada materia, la prosaica, la vil materia, estaba en sus planes desde el principio, es más... Él iba a ser un

Cuerpo. Entonces entendí que cuando creó al primer gusano ya tenía en mente tan infame proyecto y que la Carne, esa cosa, existía en su mente desde toda la eternidad. Es decir, estaba tan al principio como el Verbo.

Contramedidas, no se me ocurrió ninguna.

Me dejó desarmado y sigo desarmado, la Carne me descoloca. Nunca he superado esa afrenta: resulta que el Innombrable era Carne. El ataque de celos que me dio no se me pasó ni inyectándome en vena *mousse* de programador de telebasura hispano-italiana de principios del siglo xxi.

¿Por qué consumiría el Innombrable la pifia de la Creación con una pifia aún mayor, al hacer una criatura a su imagen y semejanza? ¡Un gusano que al estar dotado de inteligencia y voluntad recibe el regalo de la libertad y, por lo tanto, la facultad para rechazar a su Creador! ¡La única criatura a la que el Innombrable ha amado por sí misma! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Aún no lo entiendo. Pero algo debe de tener que ver con las incomprensibles características del Innombrable. Antes de seguir, tengo que decir que el Innombrable se define por la Entrega, igual que un ave se define por su capacidad para el vuelo o el ayuntamiento por su capacidad para freírte a impuestos. Es así y no tiene vuelta de hoja. Da sin esperar nada a cambio: ese es el Innombrable. Al decir «es» hablo de su esencia. No me gusta, no lo comparto, pero es así.

De ahí se deduce, por lógica, que el Ser más libre es el Más Entregado. Cuanto más das, cuanto más te niegas, más libre de ataduras estás. Desde el Innombrable hasta el último imbécil que decide irse a Calcuta a lavar a cua-

tro sidosos. Desde la mujer que renuncia a sus dos más-teres y a ser vicepresidenta del cojobufete de abogados para dedicarse a cambiar dodotis hasta el voluntario que invierte los domingos en el centro de parapléjicos de Toledo. Cuanto más te pringas, más te liberas. Atributos del ser. Y otra cosa no, pero en metafísica no me tose ni el aburrido de Heidegger.

Lo que pasa es que después de la Caída las apariencias engañan. Creen los gusanos que entregarse es perder independencia. Nada ensancha más el corazón que darlo todo a cambio de nada. Creen que el Innombrable esclaviza, pero lo que no saben es que aquí el único que hace eso soy yo. Cuanto más huyen de lo que ellos consideran ataduras del Innombrable, más se atan a sí mismos hasta petrificarse en un ovillo de ego y de angustia. Y más se parecen a mí, que he elegido esclavizarme a mí mismo.

Eva tomó la palabra y aún no la ha devuelto

No había visto lo peor.

Aún tuve que escuchar una segunda afrenta en los días lejanos del Paraíso: «No es bueno que el hombre esté solo», dijo el Innombrable.

Y creó a otro gusano, más exactamente una gusana. Les ahorro los detalles del proceso. ¡Qué ordinariez! ¡Cuerpos! Luego ha circulado por ahí la versión cursi, lo de la costilla, pero a nuestros efectos lo que sacó era un Ser diferente y a la vez igual. «Esto es carne de mi carne y hueso de mis huesos», dijo él al verla. El gusano tenía delante, como en un espejo, a otro «él», solo que era «ella». Con la primera pareja, el Innombrable inventó la

Morfología (los pronombres tú y yo). De la Sintaxis se encargó rápidamente la gusana: empezó a construir oraciones y no paró. Ella tomó la palabra y, en cierto modo, aún no la ha devuelto.

El gusano descubrió que con ella podía establecer comunicación espiritual e intelectual, a diferencia de las bestias. Y eso le hizo feliz. Un igual con el que compartir vida y opiniones. Y sentimientos y afectos. Algo de todo punto imposible con los bichos, por más que les pongas nombres y los llames Tony o Rin-tin-tin. El problema es que muchos se empeñan en tratarlos como personas y les ponen jerseicitos de punto, les llevan a la peluquería, y hasta les compran su cuché favorito para que sigan el *Hello!* de los canes.

De esa forma, el gusano tomó conciencia de que hasta ese momento había estado más solo que la una. Como dice Jack Lemmon en *El apartamento*, «yo era un Robinson en medio de Nueva York hasta que descubrí huellas en la arena». Se puede uno sentir solo en medio de una multitud. El gusano tenía al Innombrable, que le colmaba con creces, pero necesitaba a alguien igual a él. Era un espécimen único en mitad del orbe, rodeado de elefantes y helechos, seres vivitos y coleantes. Unos gigantes puntos suspensivos eran su persona. Todo él era un verbo transitivo sin complemento directo. Y la aparición de otro Yo, de un alma gemela, de una compañera, le llenó el corazón de alegría. El corazón de alegría y la cabeza de cháchara, que la gusana no paraba de dar instrucciones a la flora y a la fauna y poner en orden la leonera de la Creación, volviendo locos a los proboscidios, los ungulados y hasta a las aves migratorias (que desde entonces tienen la maleta siempre lista, no sea que aparezca ella). La algarabía de la jungla que despertaba

cada mañana al gusano fue sustituida por otro tipo de algarabía. Y el muy imbécil estaba feliz.

La familia no es un invento de la derecha

Debo decir que la creación de la gusana no obedecía a un capricho decorativo (la nena era lo más bonito del Paraíso), sino que derivaba de la lógica del Innombrable. No era bueno que el gusano estuviera solo porque —¡agárrense!— el Innombrable tampoco estaba solo. Muchos tienen una idea geométrica del Innombrable: les enseñaron en la *Enciclopedia Álvarez* que se representaba con un triángulo equilátero y un ojo en medio y luego ya no han profundizado más. No se han enterado de que el Innombrable no es Uno sino Tres, la Trinidad, una comunión de amor, una familia, mejor dicho *La Familia* —las de la Tierra solo son analogías o semejanzas—. Si el Innombrable, por definición, es Entrega, el Innombrable no puede ser soledad, sino relación. Relación de amor entre Tres. Por lo tanto, no podía crear al Hombre sin cauce para dar y recibir amor, no podía crear a un Ser incomunicado y sin familia.

A ver si nos aclaramos, la familia no es un invento del franquismo o una promesa incumplida de los programas electorales de la derecha sino una realidad natural, anterior al Estado, a la civilización, incluso a la Creación. El Innombrable es Familia, porque es Amor; en su Cielo hay familia; en el Paraíso había familia; en la Tierra hay familia. Este, donde sufro desde siempre —sarna con gusto no pica—, es el único maldito sitio donde no hay familia, ni vínculos, ni lazos de amistad, ni cercanía. Aquí nadie es hijo, ni esposo, ni padre.

Hasta el último alcohólico que vive de milagro tirado

entre cartones y rodeado de *briks* de Don Simón tiene vínculos, por débiles que sean, con algún colega ocasional. Hasta un genocida de alguna antigua república balcánica tiene más suerte que yo... Lo odia todo el mundo, pero al menos tiene quien le llore: su madre.

Hay una segunda razón por la que apareció la gusana. El Innombrable albergaba la idea, absolutamente pornográfica, de delegar parte de la Creación —atributo divino— en los gusanos, de suerte que la completaran haciendo otros nuevos. El Innombrable daba el primer empujoncito, pero luego cada gusano ponía la semillita en la gusana, nueve meses después lloriqueaba un gusanito y aquello se petaba de nuevos seres inteligentes. El Innombrable no solo delegaba temerariamente su poder creador en aquellos indocumentados, sino que encima ¡¡les animaba!!: «Creced y multiplicaos».

Obviamente hubiese sido imposible sin la gusana. Luego caí en la cuenta de que su papel era crucial para transmitir no solo la vida sino algo mucho peor: los valores. Lo malo de ellas es que además de dar de comer daban ideas: «Comételo todo... y reza»; «Abrígate bien... y cuida de tu hermanito». ¡Va-lo-res! Durante milenios he visto repetida esa escena todas las mañanas, cuando ellas levantaban de la cama a sus retoños y los lanzaban a la vida, provistos de merienda e ideas. ¡Tenía que taparme los oídos con cera de alma de teólogo de la liberación con barba y metralleta!

¿Cómo separar lo inseparable?

A imagen del Innombrable los creó. Varón y mujer los creó.

Al principio no entendía nada. Pero cuando la vi a ella, parloteando, riendo, tomando posesión de su vida como si llevaran casados desde la eternidad, intuí de golpe que todo obedecía a un plan minuciosamente preconcebido. Me corroía la felicidad de uno, pero la envidia llegaba a niveles de tortura refinada al ver la felicidad de dos.

Lo que más me reconcomía era comprobar que habían sido diseñados el uno para el otro. Si ves por primera vez un volante de coche suelto piensas: ¿para qué sirve esto? pero si a continuación te muestran un motor, entonces caes en la cuenta. Ninguna de las dos piezas, por sí solas, van a ninguna parte... pero juntas tienen sentido.

El descubrimiento me sumió en un cabreo ofidio... pero también me dio una idea. Si habían sido creados el uno para el otro, la estrategia consistía en separarlos. Si te cargas la unidad de dos gusanos, te cargas la gusani-
dad, y sobre todo, le atizas al Innombrable donde más le duele.

Pero ¿cómo deshacer una unidad de dos? ¿Cómo destruir lo indestructible? Sobre todo cuando la argamasa invisible que convertía en pétrea aquella unión era su conexión con un Tercero: el Innombrable. Y contra el Innombrable, bien lo sabía, yo no tenía nada que hacer.

Digo lo del Innombrable porque bastaba ver al tipo y a la tipa, deslumbrantes de belleza e inteligencia, de poderío, de elegancia, para darse cuenta de cuál era la batería que les alimentaba.

El cuerpo y el alma del gusano, su inteligencia, su belleza, su armonía proclamaban su origen. El gusano decía tácitamente que había un Creador. Y su carácter sexuado decía que no tardaría en aparecer una gusani-

ta. Su anatomía, su psicología, su hombría, proclamaban que era complementario de otro, que para que la gusanidad se realizara plenamente el Innombrable le daría una compañera. Cuando la vi a ella caí en la cuenta de que las anchas espaldas de él eran para proteger a una gusanita, sus brazos para rodearla y mimarla, su cuerpo entero para amarla y su corazón para ponerlo a sus pies y que pisara blando. Y viceversa. Miré el bombón y miré al tío y las piezas encajaron.

La primera escena de cama

Luego ya no miré. Empezaron a ponerse tiernos y a darse besitos y aparté la vista y la dirigí al castor común que construía una presa para desviar agua del Tigris al Éufrates. ¿No miraste? No, porque lo que siguió fue el primer revolcón de la Historia, y a mí el sexo no me interesa. Sé que circulan ideas preconcebidas al respecto, pero son falsas. Para un espíritu puro como yo, eso de los cuerpos, lo que les rodea y lo que les cuelga me parece una vulgaridad. La gente está totalmente equivocada si cree que lo mío son las macizas o la lencería fina. Para un Aristócrata como yo el sexo es una ordinariez.

Pero para el Innombrable por lo visto es algo sublime. Tanto que la Creación no se consumó hasta que *aquello* no se consumó. ¿A qué creen que se refería el Tocho (ellos lo llaman Biblia) cuando decía: Vio el Innombrable que lo que había creado era «muy bueno»? ¿A los pájaros y las flores? ¿A las ballenas del Ártico y los guepardos del Ngoro-Ngoro? También, pero sobre todo al revolcón que remató la Creación como una explosión de amor.

La escena fue inenarrable. Aquello no era sexo tal como ahora lo conocemos, sino sexo elevado al cubo. Un placer exquisito, mucho más exquisito que el que ahora te ofrecen como baratija de tres al cuarto. Sería como comparar el sabor de un huevo prefabricado con el sabor de un huevo de corral, con la yema roja. Era más refinado, y también sublime y más delicado. ¿Cómo lo conseguían?, se preguntarán los curiosos... Porque la unidad entre él y ella era perfecta. No era una unión de dos cuerpos como tantas veces menudean en el siglo XXI, de dos carnes extrañas, epidérmica, que promete el oro y el moro y luego «na», que parece que toca el cielo y luego se apaga con la misma rapidez que un cohete de feria y te quedas diciendo: «¿Y?». Respondía a una unidad absoluta, unidad de cuerpo y espíritu, sintonía de alma, de mente, de afectos. La famosa expresión «Seréis una sola carne» cobraba sentido pleno en esa escena. Porque uno la oye milenios después en una boda, y la cosa queda perdida entre la megafonía, los flashes y las horribles plataformas de las invitadas, y algunos creen que una-sola-carne es una oferta especial de la carnicería, por la crisis.

Pero «una sola carne» materializaba la armonía con el Innombrable y con el otro cónyuge, en una misteriosa unidad de tres. Verles hacer el amor, como se diría ahora, era ver al Innombrable. Como lo oyen: ver al Innombrable. De suerte que todo el acto estaba presidido no por la genitalidad, el desahogo o el afán de dominio de uno sobre el otro, sino por la belleza y la ternura.

No es fácil entenderlo desde la perspectiva actual, pero en ningún momento el placer estaba focalizado en uno mismo, sino centrado en el otro. De manera que, al acabar, no asomaba las orejas el hastío. En realidad, esa

misma dinámica puede seguir funcionando en cualquier unión conyugal después del Paraíso: cuanto menos centrado está uno en sí mismo, más plenitud alcanza e incluso más placer.

Yo les veía después, contemplándose amorosamente, y descubrí que eran reyes. Reyes de la Creación, porque eran reyes de sí mismos. Dominaban a los animales y al mundo, porque tenían absoluto señorío sobre ellos mismos y control sobre sus pasiones. Eran señores, porque, a la vez, eran criaturas del Innombrable. Sabían estar, ocupaban exactamente el lugar para el que habían sido creados. Por eso eran reyes y daban gloria al Creador.

El secreto de esa armonía era su sumisión al Inventor. Una sumisión consciente y voluntaria. Manteniendo su intimidad con el Creador, el gusano cargaba sus pilas de energía espiritual y tenía siempre lleno el depósito de alegría. Una intimidad que compartía con la gusana y que se realimentaba constantemente entre los Tres.

El revolcón fue, por eso, un regalo. La unidad de Tres era un regalo. El Paraíso era un regalo. El cálculo estaba excluido, ni Adam Smith ni la Banca Morgan hubieran tenido nada que hacer en aquel mundo en el que los Tres lo daban todo sin esperar nada a cambio. Y como lo daban todo, lo recibían todo. Era una maldita pescadilla que se mordía la cola, una burbuja cerrada, en la que yo no podía meter baza y desbaratar el invento, como se le pisotea a un niño un castillo de arena.

Él y ella estaban como pez en el agua en aquella curiosa asociación para la que habían nacido. Habían sido creados para ser esposos, de suerte que o Adán era esposo o no era nada.

Luego me enteré de que aquella unidad de Tres se llamaba matrimonio. Una unidad sin partes, ni grietas, que desafiaba las leyes de la Física y que estaba llamada a perdurar. Así era originalmente, esa era la idea. No saben lo que me costó desfigurar la realidad, con el correr de los siglos.

La gente ha creído luego que el Paraíso consistía en una especie de parque temático (Eden Park), todo juegos y diversión; un superconcurso donde acertabas el logaritmo neperiano sin necesidad de estudiar; una clínica antiarrugas: ella no envejecía, pero de forma natural, sin necesidad de *bótox*, y conservaba el muslamen firme, sin ayuda de la liposucción; un bufé libre en el que te alimentabas sin abandonar la horizontal, alargando la mano desde un *triclinium* de helechos para pellizcar un racimo de uvas moscatel; un Hollywood con surtidores de zumo de granada (¡¡puajj!!) y lagos con jacuzzi; un *National Geographic* sin sangre ni predadores; un tomar el sol todo el santo día, una temperatura siempre constante, un relajo, un déjame-estar... Y sí, algo de eso era el Paraíso, solo que en sublime, y sin el mal gusto de Eurodisney ni horteradas de hotel del Caribe. No había rayos UVA, pero sí un sol acariciante y las mejores viñas a tu disposición.

Pero lo más importante no era el dominio sobre la naturaleza, la sabiduría, la impasibilidad, la inmortalidad. La mayor fuente de disfrute y paz era el Innombrable, a través del otro. El Paraíso para Adán era Eva y el Paraíso para Eva era Adán. El Paraíso era el matrimonio. Y viceversa... Un viceversa que me enciende vivo: el matrimonio es, por lo tanto, el Paraíso.

Mi cometido consiste en convencer a los gusanos de que es un infierno.

Tú eres yo y yo soy tú

El matrimonio se podía resumir en una escena, la que siguió al primer revolcón, recién casados, es decir, recién creados. Una escena que reconstruyó milenios después el escritor José María Sánchez Silva, autor de *Marcelino, Pan y Vino* (y no me pregunten cómo). Esa escena, en la que los cuerpos se fundían y los pronombres se confundían, lo decía todo:

Eva, recién nacida, estaba reclinada sobre Adán debajo de un árbol, porque llovía. El hombre, tan joven, dejaba correr las gotas por sus mejillas imberbes. Cerca de ellos, el agua se había ido depositando en una pequeña depresión de la tierra. Eva lo descubrió de pronto y dijo:

—Mira.

Miraron juntos y ella vio su propio rostro reflejado, pero, como aún no se reconocía y amaba ya tanto al hombre, añadió, maravillada:

—¡Eres tú!

Esa escena me ha torturado durante siglos, ha sido la pesadilla recurrente. Y siempre me he rebelado contra ella, por la misma razón por la que me rebelé contra el Innombrable.

Todo en aquella escena me descomponía. Pero especialmente dos cosas, y las dos derivadas de la unidad a prueba de bombas forjada entre él y ella y el Creador.

Una era la fascinación del uno por el otro. En la admi-

ración de Eva hacia Adán estaba inscrita la admiración de la Mujer hacia el Hombre. Una admiración rendida, sin reproches ni suspicacias. Una admiración llena de ternura. Me juré a mí mismo hacerla añicos y trocar la fascinación de la Mujer hacia el Hombre por dominio y desprecio. Me juré convertir la confianza en duda, y en sospecha el abandono despreocupado con el que yacían bajo la lluvia, aquella mañana en el Paraíso. Milenios antes de la guerra de sexos, ya maquinaba yo el guion de *Durmiendo con su enemigo*.

Había un segundo aspecto que no tragaba. La alegría profunda que exhibían por tener compañero, la victoria sobre la soledad. Y decidí convertir al compañero en rival, a fin de que cada uno se fuera por su lado. Desde entonces, odio las bodas de y sin Camacho, los banquetes, los bailes, los brindis y las risas. El jolgorio, el follón, los niños, las literas y las fotos en familia (pa-ta-ta, pa-ta-ta). Me ha costado tropecientas centurias, pero cada vez hay menos pa-ta-ta, pa-ta-ta, y más burguer con papás solos con un niño solo, y más asilos con ancianos solos abandonados por sus hijos solos.

Aquella escena cantada por Sánchez-Silva era la foto fija del matrimonio, la foto fija del estado natural del hombre y de la mujer, la foto fija de la Humanidad (perdón de la gusanidad) y no estaba dispuesto a permitirlo.

Así que empecé a urdir un plan, para darle una patada al Innombrable en el trasero de Eva.